

indispensable una de dos cosas, ó que vuestra vida sea un monstruo en el órden de la gracia, ó que san Andres aún no os haya persuadido con toda la virtud y fuerza de su apostolado. Vuestra vida será un monstruo en el órden de la gracia, si creéis de un modo, y vivís de otro; si profesando ser cristianos, sois judíos en el espíritu y en el corazón; y si reconociendo que vuestra salvacion está vinculada á la cruz, todo vuestro cuidado es huirla y detestarla; porque ¿qué cosa puede ser mas monstruosa que esta contradiccion? No obstante, hermanos míos (decía san Bernardo), este es el carácter de muchos cristianos, discípulos de la cruz de Jesucristo, y al mismo tiempo enemigos de ella. O si os gloriáis, amados oyentes míos, de ser del número de aquellos genios que reputáis por sabios y prudentes, y que obran con igualdad y consecuencia, es forzoso decir, que aún no os ha movido san Andres, ni con la eficacia de su palabra, ni con la autoridad de su ejemplo; pues permanecéis siempre sensuales é idólatras de vuestros cuerpos; y así podría yo aplicaros, respecto de la cruz de san Andres, lo que con dolor decía san Pablo á los gálatas de la del Salvador: *Ergo evacuatum est scandalum Crucis* (1). Desgraciados de vosotros, hermanos míos, pues por vuestra infidelidad habéis hecho inútil el ejemplo de este santo apóstol, y destruído y aniquilado el escándalo ó misterio de la cruz. Muchas veces se os ha dicho, y es cierto, que en el juicio de Dios se manifestará la cruz de Jesucristo para confrontarla con vuestra conducta. Pero además de esta se confrontará también otra con vosotros, esta es la de san Andres. Sí, cristianos, la cruz de este hombre apostólico, después de haberle servido de cátedra para instruirnos, le servirá de tribunal para condenarnos. Mirad estos infieles, nos dirá, que convirtió la vista de mi cruz, y siendo paganos hice de ellos cristianos, y cristianos perfectos. Esto será lo que nos confundirá; pues cuánto mejor es empezar desde hoy á confundirnos á nosotros mismos, y con esta confusion saludable y voluntaria prevenir una confusion violenta, que solo puede sernos muy funesta. Es necesario pues, cristianos, que imitando á san Andres, seamos secuaces y aun predicadores de la cruz, digo predicadores, ¿y cómo será esto? Llevando siempre en nuestros cuerpos la mortificacion de Jesucristo. Porque llevándola

(1) *Gal.* 5. v. 11.

en nuestros cuerpos, daremos á conocer á los hombres su mérito y su virtud. No os parezca esto, ni imposible, ni difícil, pues ya os he dicho, que el santo uso de las aflicciones y cruces de esta vida; aceptar con humildad y sumision las que Dios nos envía; resignarse en las que el mundo suscita contra nosotros; tener paciencia en las calamidades públicas ó particulares, en las enfermedades ó pérdida de bienes, todo esto digo predicaré por nosotros, y con todo ello predicaremos nosotros. De este modo halló san Andres en la cruz el exacto cumplimiento y perfeccion de su apostolado, y ved también como halló en ella la consumacion de su sacerdocio. Prestadme atencion.

## PARTE SEGUNDA.

Poder ofrecer á Dios el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, y tener á este fin en la cristiandad un carácter particular, es en lo que consiste el sacerdocio de la ley de gracia. Unir al sacrificio adorable del cuerpo de Jesucristo el sacrificio de sí mismo, y sacrificarse á Dios al mismo tiempo que se le ofrece este divino Cordero sacrificado por la salvacion del mundo, es segun san Agustin el complemento del sacerdocio de la ley de gracia, y lo que le da su última perfeccion. Sacerdocio es de la ley de gracia, del que confieso son los sacerdotes los primeros y principales ministros; pero es también cierto, que todos los cristianos, segun esta cualidad tienen derecho, y aún obligacion de participar de él. Sacerdocio es de la ley de gracia, por cuya razon nos impone á todos de cualquier condicion que seamos, la obligacion indispensable de ofrecernos nosotros mismos á Dios, como un suplemento del sacrificio de Jesucristo. Ved, repito, lo que obra delante de Dios la perfeccion del sacerdocio cristiano, cuya excelencia y dignidad realzaba, y engrandecia tanto el apóstol. Ved por qué este santo sacerdocio le parecia tan augusto, cuando lo comparaba con el sacerdocio de la antigua Ley; y ved lo que nos le debe hacer venerable: la obligacion en que nos hallamos, y el poder que tenemos, para ser como el Salvador, hostias vivas presentadas á Dios por la union de nuestro sacrificio con el del hombre Dios. Yo pues intento hacerlos ver, que san Andres supo desempeñarse plenamente de esta obligacion; y dónde? sobre la cruz; del que infiero, que

en la Cruz, como en altar misterioso que Dios le habia preparado, halló felizmente la consumacion de su sacerdocio. No perdáis el fruto de esta verdad, que aún siendo tan ventajosa como es para el santo, cuyo elogio hago, será para vosotros mucho mas útil, y de mayor edificacion.

He dicho, amados oyentes míos, y lo repito, que para que seamos dignos de Dios, es necesario que unamos el sacrificio de nosotros mismos al sacrificio del cuerpo de Jesucristo. Esta es la obligacion esencial á que nos empeña la Religion, y no temo pasar por temerario, ni decir cosa que no sea conforme á la mas exacta teología, cuando digo que sin esto no tiene nuestro sacerdocio segun Dios, toda la perfeccion que debe tener. Porque es de fe, que aunque el sacrificio de la humanidad de Jesucristo tuvo por sí mismo una virtud infinita para santificar nos y reconciliarnos con Dios, no obstante no lo aceptó Dios por una conducta particular de su providencia para concedernos con efecto la gracia de esta reconciliacion y santificacion, sino en cuanto previó, que aquel sacrificio debia ser, y estaria acompañado de nuestra cooperacion y buenas obras. Es tambien de fe, que aunque nada faltase al sacrificio de nuestra redencion de parte de Jesucristo, que le ofreció por nosotros como nuestro mediador y soberano sacerdote, puede ser le falte alguna cosa de nuestra parte; de suerte que este sacrificio, aún siendo divino como es, puede por falta de nuestra correspondencia sernos infructuoso y de ninguna eficacia. Lo que puede pues faltar de nuestra parte al sacrificio de Jesucristo, es el sacrificio personal que exige Dios de nosotros, y debemos hacerle de nosotros mismos; pero que por lo comun no le hacemos. En esto se fundó san Pablo, á quien con especialidad se le reveló este misterio, para imponerse una ley inviolable de cumplir todos los dias en sí mismo lo que faltaba á los trabajos y penas de Jesucristo. Algo habia que añadir aún respecto de san Pablo al sacrificio del Hijo de Dios. Atendéd; faltaba alguna cosa respecto al mismo san Pablo, una cosa de la que dependia para él, como siente el mismo santo, el mérito, ó mas bien la aplicacion actual del sacrificio del Hijo de Dios; faltaba algo, por lo que san Pablo se creía obligado á llenar la medida de los trabajos del Hijo de Dios. ¿Y cómo llenó esta medida? Con el fervor de su penitencia, con la austeridad de su vida y con la mortificacion de su carne, porque estos eran, observa san Juan Crisósto-

mo, otros tantos sacrificios de sí mismo, que unia á aquel gran sacrificio de la cruz.

De este mismo principio resultó tambien que san Agustin hallase una tan estrecha union entre el sacrificio de Jesucristo y el de nosotros mismos, que jamas queria se separase el uno del otro: de suerte que así como Jesucristo en cualidad de Hombre-Dios fué nuestra víctima, así tambien nosotros debemos serlo suya en cualidad de cristianos. De que se infiere, que cuantas veces asistimos á los divinos misterios, debemos estar persuadidos, á que no es solo para ofrecer allí el Cordero sin mancha, que se sacrifica en el altar, sino tambien para que nosotros mismos seamos ofrecidos y sacrificados en él. Y esto, dice san Agustin, no solo es por razon de la íntima union que hay entre él y nosotros, y que siendo nuestra cabeza, y nosotros los miembros de su cuerpo, no puede ni debe jamas ser sacrificado sin que tambien lo seamos con él; sino tambien por la conformidad y principio de nuestras mas justas é indispensables obligaciones. Porque ¿qué desórden es, Señor, que yo me presente ante vuestros altares con ménos humildad que vos os presentasteis; que fueseis allí la víctima de mi pecado, y que la expiacion de él nada me cueste? No basta pues, dice san Leon papa, que ofrezcamos á Dios el sacrificio del cuerpo de Jesucristo, si nosotros no nos ofrecemos tambien á nosotros mismos, segun el precepto del apóstol; así como no bastaria ofrecerle nuestros cuerpos, y aún nuestras almas, si no pudiéramos ofrecerle el sacrificio del cuerpo de Jesucristo. Pero que sin este sacrificio no seria digno de Dios; y el de Jesucristo sin el nuestro, aunque suficiente, nos seria inútil. Unidos uno y otro, consuman la grande obra de nuestra justificacion, y hacen el verdadero sacerdocio de los cristianos.

Esto es, amados oyentes míos, lo que vemos en el glorioso apóstol, cuya memoria veneramos hoy. Siguiendo las actas de su martirio ¿cómo debemos considerar á san Andres? como un sacerdote fervoroso, celoso y lleno de religion, que jamas dejó de sacrificar en todos los dias de su vida el Cordero de Dios en el altar, y que con su muerte coronó el sacerdocio, sacrificandose él mismo en la cruz. Estas son las dos principales acciones que nos manifiesta su historia, á las que reduzco toda la santidad de su ministerio. San Andres fué conducido ante el tribunal de un juez pagano, que ántes de condenarle, intenta

pervertirle, y le estrecha á que rescate su vida sacrificando á los ídolos. Pero ¿qué, le responde este hombre de Dios, yo habia de sacrificar á los ídolos! ¿No sabéis quien soy! ¿Ignoras acaso que hago profesion de servir al Dios del cielo y de la tierra, y el honor que tengo de sacrificarle cada día, no la sangre de animales, sino el Cordero que borra los pecados del mundo? Sí, prosigue el generoso apóstol, entre mis manos he sacrificado todos los días este Cordero; pero la maravilla que no conoces, y yo quiero manifestarte es que despues de haberlo sacrificado, está siempre vivo, y su carne, aunque distribuída á los fieles, permanece siempre toda entera, porque es incorruptible. Testimonio invencible es este á favor del sacrificio de la misa, y que solo él basta para refutar todos los errores de los últimos heresiarcas en orden á la divina eucaristía; pues nos enseña como desde la primera edad de la Iglesia tuvo Dios cuidado de establecer la tradicion de este misterio. Pero sin detenerme en esta controversia, y para sacar algun provecho, aunque de paso, de un ejemplo tan auténtico, permitídmeme, hermanos míos, una corta digresion, que aunque ceñida á la moral que en sí encierra, no dejará de ser útil. Esto mira á nosotros, que vestidos y adornados de la dignidad del Sacerdocio, somos especialmente los ministros de nuestro Dios y de sus altares. ¿Qué es un sacerdote de Jesucristo? Un hombre empeñado por su vocacion á entrar todos los días en el santuario; un hombre dispuesto como san Andres á ofrecer á Dios todos los días el incruento sacrificio del cuerpo del Salvador. A esto somos llamados. Pero ser sacerdote, y rara vez practicar la funcion mas noble de este ministerio; ser sacerdote, y aún obispo, y solo presentarse en el altar en ciertos días de ceremonia; en ciertas ocasiones de lucimiento, cuando no se puede dispensar de ello, y cuando se mira á ello obligado por un respeto humano, y que así lo pide la decencia; ser sacerdote, y abstenerse de las cosas santas, por tener una vida del todo profana, por mantener en el mundo un trato y familiaridad vana é inútil, por distraerse con las diversiones del siglo; ó mas bien tener una vida disipada, profana y mundana, hasta verse infelizmente obligado á abstenerse de las cosas santas; ser sacerdote, y por su modo de obrar no hallarse en estado de celebrar los sagrados misterios, haciéndose positivamente indigno; y debiéndose reprender esta indignidad voluntaria, como un delito y un

motivo de confusion, autorizarse con ella para permanecer en la separacion de Dios en que vive, y formarse de ella un falso pretexto de piedad; ser sacerdote de esta suerte, ah! hermanos míos, exclamaba san Juan Crisóstomo, es lo mas opuesto á la santidad del sacerdocio, lo mas injurioso á Jesucristo, y lo mas triste para su esposa la Iglesia; á lo que yo añado, que es lo mas contrario al ejemplo que Dios nos propone en la persona de san Andres.

Pero, cristianos, ¿se contentó con esto solo san Andres? No, hermanos míos, pues como sacerdote de la ley nueva, despues de haber sacrificado la carne de Jesucristo y cumplido con lo que habia mas esencial en su ministerio, unió á ello lo que habia de perfeccionarle, sacrificándose á sí mismo, y aquí fué donde la cruz le sirvió de medio para llegar al cumplimiento de sus deseos y á la gloria consumada de su sacerdocio. Me explicaré. Habiéndose negado á sacrificar á los ídolos, presentáronle el instrumento de suplicio, y miró aquella cruz como otro altar en que iba á ofrecer á Dios el sacrificio de su persona y su vida. Sí, Señor, dijo, dirigiéndose á Jesucristo, abrazo gustoso esta cruz, porque en ella voy á dar todo el lleno y extension á mi sacerdocio. Mucho tiempo há, ó Dios mio, que sacrifico á costa vuestra, y es necesario que ahora lo haga á costa de mí mismo. Mil veces os he sacrificado por mí; y es necesario que una vez me sacrifique por vos, y que por este esfuerzo de reconocimiento, dándoos amor por amor, y sacrificio por sacrificio, tenga al fin el consuelo de ser sacrificado por vuestra gloria, como lo fuisteis vos por mi salvacion. Así habló, y sin dilatarlo mas extiende sobre la cruz su venerable cuerpo; no espera que los verdugos le aten á ella, y con su fervor previene su crueldad, no queriendo deber á otro el honor de ser crucificado, ántes bien mira como una ventaja preciosa ser á un tiempo mismo la víctima y sacerdote de su sacrificio. Porque en esto, dice san Agustin, consiste particularmente la excelencia y mérito del sacerdocio de Jesucristo. En la antigua ley no se habia visto semejante; pues los hombres mas santos se contentaban con honrar á Dios con víctimas extrañas; y como este culto era imperfecto, el Hijo de Dios, como pontífice, vino á hacer á su Padre esta plena oblacion, en la que quiso ser á un mismo tiempo sacerdote y hostia. Pero lo que fué verdad en Jesucristo, lo es tambien en san Andres con toda la proporcion y relacion que

puede haber entre un hombre y un hombre Dios. Muriendo el santo en la cruz, pudo decir despues del Salvador del mundo : Vos, Señor, no queriendo ya la carne y sangre de los animales, me habéis formado un cuerpo; los antiguos holocaustos han empezado ya á disgustaros, ó á lo ménos han dejado de seros agradables, y entónces dije yo, vedme aquí, yo vengo, yo me ofrezco, recibíme como víctima vuestra.

Este es, amados oyentes míos, el modelo que Dios os pone á todos á la vista, de cualquier estado ó condicion que fueseis, pues de cualquiera que seáis, estáis como cristianos asociados necesariamente al sacerdocio real de Jesucristo, y con vosotros, aunque legos, hablaba san Pedro, cuando llamaba á los cristianos : escogida prosapia, sacerdotes, reyes, nacion santa, y pueblo adquirido y conquistado. Pues es de fe, que sin otro carácter que el de cristianos y solo la gracia del bautismo, nos hizo el Salvador de los hombres reyes y sacerdotes de su Padre Dios. Si yo os dijera que segun esta cualidad debéis ofrecer á Dios todos los días el inmaculado Cordero, que sacrificaba san Andres, y que con efecto le ofrecéis del mismo modo que él, siempre que asistís al sacrificio de vuestra Religion; puede que os admirara veros elevados por este motivo á una dignidad tan alta. Pero debéis estarlo mucho mas, ó porque hasta el presente ignorasteis lo que sois, ó porque sabiéndolo, os faltó celo para desempeñar dignamente una funcion tan gloriosa; porque supuesto que asistís á este sacrificio, no solo como meros testigos, sino como ministros del Señor, y supuesto que la oblacion del cuerpo de Jesucristo, no solo se hace en vuestra presencia, sino tambien en vuestro nombre, ¿qué atencion, qué respeto, qué devocion tan fervorosa no debéis tener? Esto hace que vuestras irreverencias sean tan culpables y aún abominables, y que sean otros tantos sacrilegios. Ah! cristianos, qué indignidad es que ofrecáis al Dios inmortal con un espíritu disipado, un corazon tibio, sin recogimiento alguno, sin el menor afecto, el mismo sacrificio de donde nuestro santo apóstol sacó todo el fuego de su caridad! Qué digo yo? ¡Qué profanacion no es, que asistáis á él para ver gentes y ser vistos, para ostentar allí todo el fausto del mundo y todo el adorno de vuestro lujo, para satisfacer y contentar allí vuestra vanidad y curiosidad, y acaso para fomentar y mantener vuestras pasiones mas vergonzosas! Escándalo es digno de la ira de Dios, y que por la impiedad de

nuestro siglo ha llegado á hacerse demasiado comun y frecuente.

Pero no me paro en esto, pues lo que quiero que saquéis de este discurso es una sincera y firme resolucion de ofrecer continuamente á Dios, como san Andres el sacrificio de vuestros cuerpos, y unirlo al sacrificio del cuerpo de Jesucristo, pues por este medio debéis participar del honor y perfeccion del sacerdocio de la ley de gracia, á que vuestra vocacion os obliga indispensablemente. Lo que os pido es, que os apliquéis á vosotros mismos continuamente lo que san Pablo encomendaba tan expresamente á los romanos, cuando les decia : *Obsecro vos per misericordiam Dei* (1). Os pido, hermanos míos, por la misericordia de nuestro Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos con aquella santidad y pureza que pueden agradarle, y con la que podéis darle un culto racional y espiritual, no conformándoos con el presente siglo, sino renovándoos cada dia en lo interior del espíritu. Palabras que comprenden en compendio todo el fundamento de la vida cristiana, y que deberian ser el asunto mas comun de vuestras consideraciones. Pero decidme, amados oyentes míos, ¿tienen vuestros cuerpos aquellas cualidades que necesariamente se requieren para ser la materia del sacrificio que san Pablo quiere ofrecáis á Dios? ¿Son unos cuerpos puros, libres de la corrupcion del pecado, en una palabra, dignos de ser ofrecidos con el cuerpo de Jesucristo, y formar con él el sacrificio completo de que acabo de hablaros? Si no tienen estas cualidades ¿os atreveréis á ofrecerlos á Dios? Y si no os atrevéis á ofrecerlos ¿cómo podréis presentaros ante Dios y acercaros á sus altares? Ah! cristianos, si se os dijera, que debiais absolutamente, y en un todo hacer de vuestros cuerpos el mismo sacrificio que san Andres; que debiais estar dispuestos como él á sacrificar vuestra vida por un dilatado y cruel suplicio; que debiais padecer como él un martirio riguroso; que debiais resolveros á morir por Dios, y que sin esto no os podiais salvar; si Dios, digo yo, pusiera vuestra fe á una prueba semejante, no obstante estar obligados á sujetaros á ella, tendríais sin duda fundamento para temer y desconfiar de vosotros mismos. Mi celo en animaros, fortaleceros y sosteneros en unas circunstancias tan peligrosas, por mas fervoroso que fuera, no me impediria compadecerme de vuestra flaqueza, y ser el pri-

(1) Rom. c. 12. v. 1.

mero que temblase por vosotros mismos. Pero cuando os digo, que el sacrificio de vuestros cuerpos de que aquí se trata, se reduce en la práctica á que los mantengáis con una pureza conveniente, á que los hagáis llevar el yugo de una templanza saludable, de una sobriedad exacta, de una prudente austeridad, y de una sólida mortificación, redúcese tambien este sacrificio á separar de nuestros cuerpos los vicios que los destruyen, la delicadeza que los corrompe, y la ociosidad que los agrava; á reprimir sus rebeliones, á no vivir segun sus deseos, á hacerlos dóciles y blandos á la ley de Dios, á sujetarlos á las observancias de la religion, y á endurecerlos en el trabajo, cosas comunes y que se practican en los estados ménos perfectos del mundo, ¿teneis algo que responder? Cuando esta regularidad de vida, esta severidad de costumbres, esta exactitud en su observancia fuese para vosotros una especie de cruz, ¿podriais justamente descargaros de ella, ó rehusar tomarla? ¿No deberiais juzgaros dichosos, pues la hallabais en cosas tan conformes á vuestras obligaciones, y dar gracias á Dios, porque al fin habiais aprendido, cuál era el sacrificio de vuestros cuerpos, con que Dios quiere ser glorificado?

No obstante, cristianos, este es el desórden, y si se me permite decir así, este es el oprobio y vergüenza de la cristiandad: hombres destinados por el bautismo al sacerdocio de Jesucristo, y que segun la regla del apóstol deberian ofrecer sus cuerpos como hostias puras ante Dios, hacen de ellos víctimas para el demonio, para la sensualidad, para la impureza y para el adulterio. San Pablo no queria que aun se pronunciasen entre los fieles los nombres de estas pasiones infames, pero ¿qué medios hay de callarlas en la vergonzosa inundacion de vicios, que infestan la iglesia de Dios? ¿Podemos nosotros, decia san Cipriano, ocultar nuestras llagas, cuando son mortales? ¿No es mejor descubrirlas para sanarlas, que disimularlas para perdernos? ¡O Dios mio, dónde estamos, y á qué extremo nos ha conducido el pecado! Vos, Señor, que tanto celabais en la antigua ley la pureza de las víctimas que se os ofrecian, y desechabais aquellas, en que se descubria la menor mancha, ¿cómo podéis ahora aceptar las nuestras? El sacrificio de un cuerpo impuro y esclavo del pecado, en lugar de agradaros, ¿no es forzoso os ofenda é irrite mas? Pero al fin me diréis, habiendo estado hasta ahora nuestros cuerpos tan corrompidos por la

culpa, ¿no pueden ya ofrecerse á Dios? Sí, cristianos, bien pueden ofrecerse, cuando no por el sacrificio de la continencia, á lo ménos por el de la penitencia; y en este sentido nos advierte san Pablo, que los hagamos servir desde hoy, no al pecado, sino á la justicia. El mismo Dios recibirá entónces de vosotros una gloria particular, y tanto mas realzaréis el triunfo de su gloria, cuanto ella habrá tenido en vosotros mas fuertes y peligrosos enemigos que vencer. La penitencia os servirá de cruz, y esta será el altar en que os sacrificaréis. Ah! Señor, derramad sobre este auditorio cristiano aquel espíritu de santidad, de que estuvo lleno el grande apóstol que veneramos. Comunicad á esta iglesia, que se titula con su nombre, la abundancia de vuestra gracia. Dadnos aquel amor de la cruz sin el cual es imposible hagamos jamas el sacrificio de nosotros mismos. Inspiradnos los mismos afectos que tuvo san Andres á vista de la cruz, cuando exclamó: O cruz, origen de mi felicidad! Haced que lo digamos y pensemos como él, y que por el camino de la cruz lleguemos á la misma gloria que él, que es la eterna, á la que nos conduzca á todos. Amen.